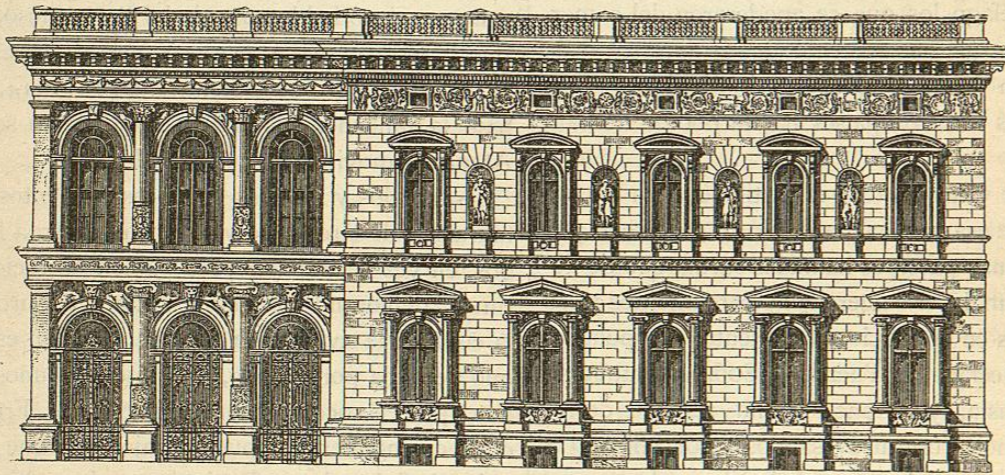


donde el celibato no excluía á los eclesiásticos de la vida familiar; en donde la diferencia de educación y de instrucción no separaba al campesino del Pope, quien después de cumplir maquinalmente el culto, no desdenaba cultivar su campo ó ejercer un oficio: en ese país en el cual las persecuciones y los martirios habían formado, con la sangre derramada, los lazos más fuertes entre el pastor y el rebaño; en ese país, decimos, la influencia de los eclesiásticos, una vez ganada á la causa nacional, se convertía en una potencia incalculable.

»Así los revolucionarios Klephtas y los reaccionarios eclesiásticos, dando de mano á sus exageracio-

nes, se encontraban en el mismo terreno de un justo medio, en el cual los escritos de Korais, este oráculo de los griegos, intentaba mantenerlos con tanta elocuencia. También él en un principio había sonado la trompa guerrera, cuando los ejércitos franceses parecía que querían abrirse un camino por Turquía partiendo de las islas Jónicas y pasando por la Albania; pero muy pronto cambió de resolución. Ya un año después, en 1802 y en el prefacio de su traducción de Beccaria, expresaba su convicción que la luz de la ciencia era el único remedio eficaz para curar los males de Grecia: así declaraba que en adelante el objeto de sus esfuerzos sería el inspirar el amor por



La arquitectura en Berlín.—La Bolsa (obra de Lucae)

sus antecesores á los jóvenes de raza helénica llamados á instruir á Grecia, y á ser más tarde, sus legisladores.

»Desde el momento en que Korais,—1803,—leyó en la *Sociedad de los observadores de los hombres*, en París su Memoria,—*Memoria sobre el estado actual de la civilización en Grecia*,—que debía fijar la atención del mundo en la regeneración de su patria hasta el momento mismo del levantamiento, siempre se dirigió al patriotismo de los helenos. En efecto, en esta última época, añadió á su edición de la *Política de Aristóteles*,—1821,—sus *Exhortaciones políticas*, en las cuales, como mediador entre la revolución y la creación como admirador de Bentham, como abogado de la igualdad en el pueblo y de la constitución representativa, exhortaba á sus compatriotas al amor de la cosa pública, á la concordia, á la legalidad, á la perseverancia.»

Como se ve, todo se preparaba para una franca guerra de la Independencia. En Grecia, una vez dado el grito, no habían de ser posibles los arreglos

que se hacían con Servia y los Principados. Ó la Independencia ó la muerte.

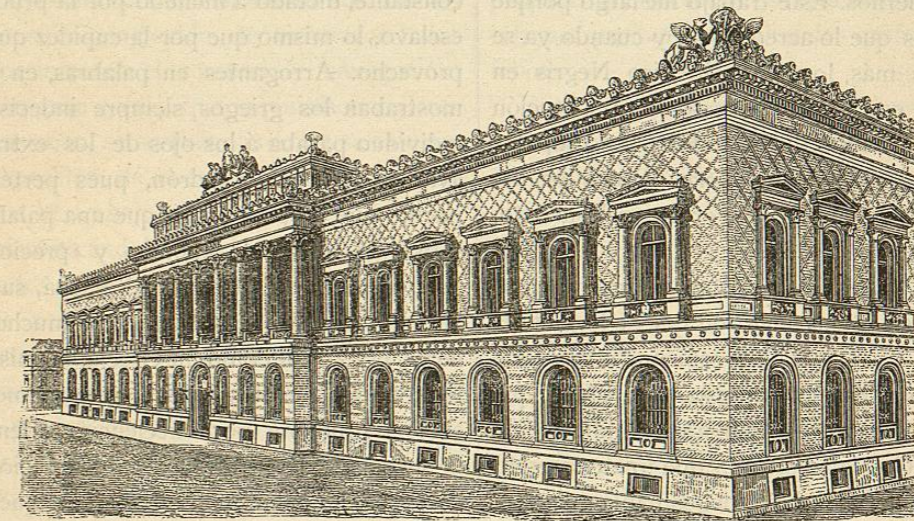
Sin embargo, precisa decirlo, Korais no hizo más que montar el diapason del coro de simpatías europeas por Grecia, el coro lo formaron lo mismo en Inglaterra, que en Francia, que en Alemania, los amigos y los cultivadores de la antigüedad clásica sin distinción de partidos, pues solo en una expedición en favor de Grecia estaban conformes en Francia liberales y realistas, y lo mismo Voltaire que Schiller increpaban á la juventud helénica que, teniendo una patria tan gloriosa, se resignaban á vivir sin patria.

Este amor y este entusiasmo por las antigüedades, historia y literatura griegas, que no ha decaído un momento en Europa, hizo que á la vez que en París, Londres y Viena se publicaban interesantísimas obras sobre Grecia, se organizara en Grecia un centro de anticuarios y de helenistas que despertaran con su desinteresado amor por el arte helénico, el amor de sus hijos que tanto había decaído. Este

centro se formó al lado del arconte Logothetis, llamado el Pericles moderno á causa de su agradable trato; sin embargo, fué lord Guilford quien durante algún tiempo constituyó el centro de la sociedad; más tarde, se sirvió de su fortuna y de todos los recursos de su inteligencia para reanimar el espíritu nacional entre los jonios, ganando entre los mismos griegos, el nombre «del más grande y aún del tres veces más grande de los filohelenos.» También en ese centro brillaron el cónsul austriaco Gropius, que por su amor á Grecia supo hacerla simpática á su país siempre enemigo de los griegos. Fauvel fué considerado por los atenienses durante treinta años, como el

guardián de las antigüedades helénicas, y en efecto, de todo el odio de un francés se necesitaba para salvar esas antigüedades de la insaciable rapacidad británica, infamemente devastadas por lord Elgin, que puso su mano en el Akropolis,—1800,—hasta entonces respetado por todos los pueblos.

Tan grande fué el grito de Europa contra el acto vandálico de Elgin, contribuyendo á él no poco Byron, que los mismos sultanes y el hijo de Ali-Pachá de Janina expidieron órdenes tras órdenes para impedir en lo futuro tales devastaciones, que Elgin, sin embargo, había llevado á cabo con autorización del sultán.



La arquitectura en Berlín.—El Banco imperial (obra de Hitzig)

Al acto de Elgin, que tanta resonancia tuvo y cuyas consecuencias son incalculables, como que Grecia entera pudo sentir cuanto Europa amaba aquella nación helénica en tan poco tenida por sus hijos, á dicho acto los ingleses le dieron un *pendant* que aún causó más efecto.

«Cuando en 1815, después de muchos debates, las islas Jónicas fueron puestas bajo el protectorado del gobierno inglés, ese último tuvo que sacrificar á los celos de las grandes potencias las antiguas dependencias venecianas de la Grecia continental; la villa de Parga, en su consecuencia, hubo de ser entregada á Ali-Pachá. Cuando el coronel Bosset les anunció,—Marzo de 1817,—su suerte, los habitantes prefirieron emigrar; durante un año entero y á pesar de todas las seducciones más halagüeñas, permanecieron fieles á su resolución y, después de haber recibido la miserable suma de ciento cincuenta mil libras esterlinas como compensación por sus bienes, abandonaron su ciudad,—10 de Mayo de

1818,—su ciudad natal, habiendo antes desenterrado y quemado los huesos de sus padres. Griegos, italianos y franceses vieron con un furor apenas contenido, esa transformación de la última ciudad cristiana y libre en el suelo turco, convertida en un antro de criminales, de renegados y de ladrones.»

Hé aquí una obra digna de la Santa Alianza, muy poco recordada, y que merece serlo aún hoy que con tanto descaro se alaba y glorifica su obra. Solo contra esa infame obra protestaron los literatos de Europa, los liberales, los hombres de la idea; el Papa, considerando que los cristianos de Parga eran griegos, no encontró nada que decir. Pero esta obra de la iniquidad sirvió para convencer á los helenos, que habían ya llegado á la madurez los trabajos revolucionarios, pues cuando un pueblo prefiere abandonar á su patria y llevarse hasta de ella las cenizas de sus padres, antes que vivir entre sus dominadores, ese pueblo indica que no retrocederá ante ningún sacrificio para purificar sus hogares, y devolver á sus

muerdos queridos la tierra que empaparon con el sudor de sus frentes y la sangre de su corazón.

Retardaba el momento ansiado del levantamiento, la necesidad de operar la fusión entre los elementos puramente griegos y los elementos eslavos, que hacía siglos estaban acampados en Grecia y que se habían ido helenizando. Sin embargo, la procedencia era conocida, y los griegos puros en un principio hubieron de protestar de toda solidaridad contra los que por su incapacidad y falta de patriotismo desconsideraban á Grecia. Esto era una mala política, y Grecia no podía esperar nada si no procuraba borrar toda diferencia entre los griegos antiguos y los griegos modernos. Este trabajo fué largo porque necesitaba actos que lo acreditasen, y cuando ya se había hecho lo más, lo menos lo hizo Negris en 1822 cuando al escribir su proyecto de Constitución para la Grecia oriental, dispó todos los escrúpulos con su artículo primero, que decía: «Todos los habitantes actuales de Grecia, que crean en Jesucristo, son helenos.»

Con esto se acabó la discusión sobre lo que se iba á restaurar en Grecia, cuestión que se formulaba en Europa por esos llamados espíritus críticos de la Alemania, por esos positivistas sin ideal, que protestaban de que tanto se hablara de la libertad de Grecia, cuando Grecia no era más que una expresión geográfica, pues los antiguos griegos habían desaparecido. Neguis se cuidó, pues, de presentarles la acta de conciliación entre los antiguos y los nuevos griegos. Grecia había dado por segunda vez la misma demostración á los excépticos.

¿Hase modificado el antiguo carácter moral del pueblo griego con esas inoculaciones de sangre extranjera? Imposible atribuir á la influencia musulmana la profunda degradación del carácter griego, ¿cómo cometer tal injusticia, cuando todo el mundo sabe que eran *bizantinos* los griegos sometidos por los turcos?

El cuadro de la marcha progresiva que siguió la decadencia moral de los griegos, lo traza Gervinius en las siguientes líneas, que resumen los hechos más importantes de varios siglos de su historia: «La vanidad y el orgullo que les inspiraba su superioridad intelectual, y su imprudente y baja adulación bajo los sucesores de Alejandro el Grande; su placer en encenagarse en el fango de la mentira y del servilismo bajo los sucesores de Alejandro; su baja infamia, que llegaba hasta la caricatura durante los emperadores bizantinos; su fanfarronismo en tiempo de los latinos, y en fin, bajo los Osmanlis, su estupor que les hizo caer en la apatía, en la miseria y en la igno-

rancia, sin que encontrasen ocasión de cultivar su espíritu.

»Así, á primeros de este siglo, estaba fuera de duda para muchos viajeros, que el pueblo estaba moralmente perdido, sin esperanza alguna de salvación. El egoísmo y el fanatismo religioso más repugnantes eran las primeras cosas que con toda su crudeza se presentaban á los ojos de los viajeros; griegos inteligentes confesaban que el egoísmo era el primer interés de sus compatriotas, y el fanfarronismo el segundo. En la expresión á menudo sospechosa de su figura, leía el extranjero un cálculo constante, dictado á menudo por la prudencia de un esclavo, lo mismo que por la cupidez que acecha su provecho. Arrogantes en palabras, en la acción se mostraban los griegos siempre indecisos; así todo individuo pasaba á los ojos de los extranjeros por avariento, venal y ladrón, pues pertenecía á un pueblo que no posee más que una palabra para designar las ideas de «honor» y «precio.» «Si hago quemar á un griego, decía Ali-Pachá, su hijo robará las cenizas.» El hombre que tenía muchos *aynes* (dinero), era considerado en Grecia, lo mismo que entre todo los pueblos meridionales, como el hombre sabio y prudente por excelencia. Además de esto, la inconstancia, la vanidad, el desprecio por los extranjeros, impedían, á lo que parece, que los griegos se conocieran á sí mismos. Habían perdido todas las cualidades que producen la instrucción y la libertad, para tomar en cambio las costumbres que enseñan la miseria y la opresión. Entre los esclavos de los esclavos del Corán, decía Trikoupis, no se podían buscar las virtudes de los antiguos helenos.»

Que este juicio era exagerado, podría decirlo hoy el Trikoupis, que no sabe cómo dar la mano á los candiotas. Posible es que un hombre se resuelva á la muerte por inanición, antes de humillarse ó de degradarse con su opresor; pero una colectividad preferirá siempre vivir. La opresión turca era tan fuerte y rigurosa, que sólo á costa de la abyección más profunda, se podía respirar en su atmósfera. Esto lo notaban también algunos viajeros que no se hacían escrúpulo en confesar que sólo de tal manera era posible la vida en Turquía ó entre los turcos. Homero ya había dicho «que la esclavitud arrebató al hombre la mitad de la virtud viril,» pues la esclavitud moral arrebató las tres cuartas partes de la virtud viril.»

Dice también el proverbio griego «cinco griegos, seis opiniones,» y este espíritu de insumisión que recorre toda su historia antigua, sólo fué dominado

parcialmente por Filipo y Alejandro. Es una cualidad natural nacida, tal vez, no tanto de la oposición de razas como de las condiciones topográficas del suelo helénico, que hace que en cada una de sus cien comarcas casi impenetrables viva el hombre aislado, solo, y como obligado á satisfacer en aquellos hermosos y rientes valles, tan llenos de poesía y de grandes recuerdos, toda su vida y aspiraciones.

«Sin embargo, de todas las razas que habitan el imperio otomano... sólo los griegos se ocupan activamente de industria; y son más laboriosos que ningún otro pueblo del Mediodía. A impuestos iguales é igual justicia, los griegos, con su sola industria, harían morir de hambre á sus señores turcos. En los principios de su regeneración, se mostraron hasta tal punto superiores en el comercio y navegación, practicados en gran escala, que los mismos ingleses que los observaban, se sorprendieron de su talento, de su circunspección, de su experiencia, de su perseverancia en el trabajo, de su economía y de su honradez, pronosticándoles, con la mayor seguridad, los más grandes éxitos. En su deseo de instrucción, en su sed de perfeccionarse, en las atenciones prodigadas á sus escuelas, allí en donde los recelos turcos les dejaban hacer, mostraron los griegos una tal facilidad en instruirse y en civilizarse, como no se encuentra en otra raza alguna de Oriente. Poseen una vida de familia mucho más íntima, más compacta y más pura que muchos otros pueblos meridionales, más civilizados que ellos; tratan á las mujeres con el respeto que se les debe, y por esta sola razón, tienen delante sí abierta la perspectiva de una civilización superior.

»Estos son los rasgos que distinguen al griego, lo mismo del perezoso turco enemigo del mar, que del albanés salvaje y grosero, que envilece á su esposa hasta hacer de ella su criada; del tártaro y del slavo, incapaces entrambos de dejarse civilizar; del judío y del armenio avarientos, que no saben producir con su trabajo un provecho para los otros; rasgos característicos que reportan á los griegos á la civilización occidental, y que les han valido las simpatías que sus correligionarios de Turquía no han sabido ganar.

»Durante las guerras de los souliotas, hubo aún un momento en que hombres tales como Byron y Donglas, y más tarde Fallmerayer, concedieron su favor y sus preferencias, mejor á los albaneses que á los griegos. Y sin embargo, el albanés, con su naturaleza salvaje y recalcitrante, con su rencorosa perfidia y su refinada astucia, con su infidelidad y su deslealtad, no es más que una caricatura contrahecha del griego....

»Así veremos como uno de los hechos más característicos en los principios de la insurrección griega, cómo se opera la escisión entre griegos y albaneses, quienes al acometer su empresa que reputan como es en un principio, van poco á poco reconociendo que sus naturalezas son incompatibles, marchándose cada uno por su lado. Pero hé aquí lo que es mucho más significativo y lo que constituye una de las consideraciones más importantes en la historia de la revolución griega, desde el punto de vista de la historia universal que es el nuestro: toda la marcha de la insurrección griega toma, desde el principio al fin, el carácter de un movimiento europeo, rechazando todas esas influencias orientales y eslavas que tantas inquietudes causaban á los rusó-fobos.»

Rusia y su primer ministro, un griego que no había renegado de su patria, que suspiraba por su restauración, el conde Kapodistrias, querían pero no podían dar la mano á los griegos. Éstos podían confiar y esperar en su compatriota, pero les podía suceder lo que á los souliotas, que ni aun pudieron conseguir después de su desastre que fueran recibidos en Rusia.

Contra los deseos de Alejandro y de Kapodistrias se levanta siempre Metternich, que en materia de reivindicaciones de pueblos helénicos ú otros, no quería admitir discusiones y para quien en Turquía no existía más que una cuestión de administración. El gran canciller austriaco estaba, pues, siempre al acecho de los proyectos de Alejandro, y contra de aquél se estrellaron lo mismo Kapodistrias que los Ypsilantis.

Cuando en Grecia se fundó la hetairia científica, en Rusia se formó la hetairia política, destinada á empujar á Grecia al terreno de la acción, que tenía su centro en Odessa, centro brillante de la riqueza de los griegos y hogar de su sentimiento nacional. «Creáronla hombres pertenecientes al comercio, en medio de los cuales los móviles más diversos, el cálculo comercial más atrevido, el patriotismo, la confianza y la esperanza en Rusia, y los proyectos políticos más aventurados, eran agitados por la ambición personal en el corazón y cabeza de sus miembros.»

Fué el fundador de esta ciudad Nicolás Skouphas de Asta, hombre estimable y experimentado, pero sin instrucción y ocupando una posición secundaria en una casa de comercio de Odessa, en 1814, dando á esa *Alianza de amigos*, una constitución infantil y misteriosa que de ninguna manera podía favorecer sus proyectos, pero en esto Skou-